ENRIQUE AMADO

AGUAS TERMALES

PASO DE COMEDIA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

AGUAS TERMALES

AGUAS TERMALES

PASO DE COMEDIA

ORIGINAL DE

ENRIQUE AMADO

Estrenado en el TEATRO LARA el 13 de Febrero de 1915



MADRID
S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1915

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA JUANITA..............	SRA.	SÁNCHEZ ARIÑO
ISABEL......................		BÁRCENA.
LUISA........................	SRTA.	PARDO.
DON ADOLFO................	SR.	MORA.
DOCTOR SIMÓN..............		ISBERT.
ENRIQUE.....................		MANRIQUE
JUAN.........................		PRIETO.

La acción en una ciudad del Norte.—Epoca actual



ACTO UNICO

Salón adornado con elegancia. Puertas en el foro y en las laterales. Una canastilla de costura sobre una mesa a la derecha; a la izquierda otra mesa escritorio con libros y periódicos.

ESCENA PRIMERA

DOCTOR SIMÓN y JUAN, que entran por el foro derecha

Juan Siéntese por aquí, que yo voy a llamar al señor.

Simón ¿Cómo? ¿Pero aun está en la cama? Ya se conoce que no tiene aquí la mujer. No, no le llames: déjale estar. Aguardaré. Parece que se acerca doña Juanita.

Jua. (Dentro.) ¡Cómo está todo esto de sucio!

ESCENA II

DOCTOR SIMÓN y DOÑA JUANITA, por la primera derecha

Jua. ¡Oh, es el Doctor!

Simón Que la saluda respetuosa y humildemente.

Jua. Le gusta hacerse desear al pícaro del Doctor.

Simón Y celébrelo y no se queje, señora: esa es buena señal; cuando el médico falta en una casa es que felizmente no falta en ella la salud. ¿Y qué noticias tiene de Caldas?... ¿Volvió ya Isabel?

Jua. Mañana pensamos ir nosotros, su marido y yo, a buscarlas.

Simón Ha de estar impaciente don Adolfo por estar a su lado.

Jua. ¡Oh! esa justicia hay que hacérsela al pobre; no vive. Y es que la adora.

Simón Cada día estoy más satisfecho de haber realizado esa boda. Acerté.

Jua. Es cierto, Doctor; acertó. No es extraño tampoco. Es su fuerte; hacer casamientos de razón. Por eso ya le dicen que de sus enfermos, son más los que se casan que los que se curan.

Simón Así es. Don Adolfo era mi cliente... lo sujeté a los cuidados de mi clínica... ¡y le casé!

Jua. Cosa... que le debe llenar de un profundo reconocimiento hacia usted.

Simón Como usted, que me parece que me lo debe de tener también. Recordará que además hubo que vencer aquella idea fija y culminante que tenía de no querer desheredar ni en un cuarto un cierto sobrinito, que es el único pariente que le queda.

Jua. ¡Dichoso sobrino, lo que le preocupa!

Simón Mucho, es verdad.

Jua. Muchísimo. Y que no hace más que hablar de él, de su sobrinito Enrique. Felizmente no será más que sobrino, porque esos solterones viejos no dejan por eso de tener deseos, y muchas veces...

Simón Tranquilícese, doña Juanita, que por ese lado... don Adolfo es muy bueno; sería incapaz...

Jua. No, ya lo sé yo también. Pero lo peor es que ya va para dos años que se casaron y estoy por decir que es a él a quien se le aumenta el volumen. ¡Mire que si mi yerno llegase a morir sin hijos!

Simón No desespere todavía... ya verá...

Jua. ¿Usted cree de veras?... Doctor, en serio me lo dice... Es posible, puede ser...

Simón Un marido de cerca de sesenta años... ¡infalible!

Jua. ¡Dios le oiga, Doctor; yo no le pido otra cosa! Pero esta Isabel, esta hija mía que hace cerca de un mes que está en Caldas... Les

valió que no estaba yo aquí cuando se fué, que si no, me habría opuesto terminantemente a ese viaje, o por lo menos, la hubiera acompañado.

Simón No estaría de más, no señora, porque al fin usted sigue siendo su madre; pero Isabel ha ido y llevó consigo a su primita Luisa.

Jua. ¡A su primita! ¡Vaya una señora! Luisita es una chiquilla con muy poquísimo juicio y más joven que ella y soltera!..

Simón Y las dos fueron con doña Teresa Revilla y su esposo el secretario.

Jua. Pero lo que yo quisiera saber es otra cosa: ¿por qué había de salir ella de casa y dejar a su marido solo? ¿Que se le perdiera en Caldas? ¿Qué tenía? ¿Estaba mal?

Simón Mal propiamente. .

Jua. ¿Entonces?...

Simón Pero es que sin estar mal se puede no estar bien: al médico no se le ocultan muchas veces detalles, síntomas...

Jua. Acabe, por Dios, Doctor... ¿Síntomas de qué?...

Simón No, no, de nada... Pero, en fin...

Jua. ¡Ay, Jesús! ¡me está usted asustando!

Simón No se asuste, señora; ya verá qué gorda la encuentra cuando vuelva.

(Don Adolfo atraviesa el foro de derecha a izquierda ayudando a un carpintero a llevar una consola.)

Adolfo (Al pasar.) ¡Cuidado! ¡Cuidado!

Jua. Ahí anda; no descansa.

Simón Será para distraerse; para no acordarse tanto de Isabel.

Jua. Sin duda. Como que eso es lo que más me asombra; que la dejase ir... con lo celoso que es...

Simón ¡Oh, quería irse con ella! No se figura lo que luchamos todos para disuadirle.

Jua. Y al fin...

Simón No sé cómo lo arreglaron...

Jua. Ya viene.

ESCENA III

DICHOS y DON ADOLFO, que entra por la primera izquierda vuelto de espaldas y hablando hacia dentro

Adolfo ¡Miren, esa cómoda que no está derecha; un poquito, así... A ver... A ver... dejen caer un poco más ese espejo... así. (Volviendo para la escena.) ¿Cómo se ha descansado, doña Juanita? ¿Y el Doctor, cómo va?

Simón Bien; ¿y su salud, excelente como siempre?

Adolfo Cuanto a la salud del cuerpo, por lo que hace a estos pobres huesos... Espere, perdóneme un momento... (Vuelve de nuevo hacia la puerta de la izquierda.) Está bien. Pongan ahora el tocador a la izquierda... el jarrón del Japón al lado... ¡ese no es el jarrón, mastuerzo!... Y ahora aquí me tiene, Doctor.

Simón Ya sé que va usted a buscar a su media naranja.

Adolfo Voy, amigo mío, y ya era tiempo. Me pesa esta viudez como usted no sabe. Han sido unos días inmensos, interminables.

Jua. Resultado de no haber ido con ella.

Adolfo Eso hubiera querido yo, naturalmente, pero ella no quiso; decía que me iba a sentar mal Caldas, que allí hace mucho calor... ¡Pobrecilla; me quiere tanto!...

Simón ¡Es un ángel del cielo!

Jua. ¡Y que lo diga!

Adolfo Pero por otro lado me alegro. Aproveché esta ocasión para reedificar la fachada izquierda del palacio. Es una satisfacción que le doy y un gusto inmenso para mí. ¡A mí que me den obras!

Simón Una pequeña ausencia aviva más la ternura.

Adolfo Yo no precisaba de eso, Doctor; pero, en fin, en cuanto vuelva, casi seré completamente feliz.

Jua. ¿Cómo casi? ¿Lo oye usted, Doctor? ¿Pues qué le falta al gran egoistón cuando tenga consigo a su mujercita?

Adolfo Dije que casi, porque... felicidad completa,

lo que se dice enteramente feliz, no puedo serlo, cuando pienso en aquel pobre muchacho, mi sobrino...

Jua. ¡Ya pareció el sobrino! Pero, señor...

Adolfo Si por lo menos supiese de mi boda...

Simón ¿No le dió parte?

Adolfo No, aún no; anda allá por París y por Madrid, tan lejos...

Jua. ¡Tan lejos!... ¡París! ¡Madrid!

Adolfo Y luego como este casamiento, ya lo saben ustedes, se hizo con tanto secreto y tanta prisa...

Jua. Es una cosa extraordinaria: un tío que teme que su sobrino le arañe o le riña... ¡Habrase visto!

Simón No será eso.

Adolfo Sí, señor, le temo; y es que mi posición es más delicada de lo que ustedes creen: Enrique es el hijo único de mi hermana, santa y sublime mujer, que sin tener nada se casó con un caballero muy bueno y muy hidalgo, pero que se murió sin pasar de administrador de Hacienda de una provincia, dejándole... este hijo. Paréceme que la estoy viendo aún, apretándome las manos entre las suyas y recomendándome a su pobre hijo... Juré allí mismo que le serviría de padre para dejarle al morir toda mi hacienda. No sé cómo fué que se metió el diablo por medio...

Jua. ¡Adolfo!

Adolfo No fué el diablo, no señora; ¿qué había de ser el diablo? Pero, ¿cómo le digo yo ahora que le engañé, que he faltado a la palabra que le dí, que estoy casado, que puedo tener hijos...

Simón ¡Que los tendrá!

Adolfo ¡Que los tendré, si usted se empeña! ¿Cómo le voy a decir todo eso?

Simón Es preciso acabar por decírselo.

Jua. No hay más remedio. Y cuanto antes mejor.

Adolfo Mejor, es cierto. Sí, de aquí a algún tiempo veremos... Ahora hasta me sería un poco difícil, porque ni yo mismo sé por dónde anda.

Jua. ¿Su sobrino?

Simón ¿No le escribe?

Adolfo Sí; hará cosa de un mes recibí una carta suya desde Madrid, diciéndome que acababa de llegar de París y que saldría en aquellos días hacia el Norte para venir a caer por aquí, a pasar una temporadita conmigo. ¡Figúrense mi susto! Felizmente no llegó, y de entonces acá no supe más de él.

Simón Es raro, en efecto. ¿Por qué no hace usted una cosa? Averiguar en dónde se halla y con un pretesto cualquiera evitar que se presente aquí, que por lo visto es lo que usted no quiere.

Jua. Justo. Dígale que va a emprender un largo viaje.

Adolfo ¡Si vieran ustedes qué poco aficionado soy a dar disculpas y a mentir!...

Jua. Entonces la verdad, que es más breve de decir.

Adolfo Se empeñan; quieren a la fuerza...

Jua. Y si se retrasa usted mucho, cojo yo la pluma...

Adolfo No se altere, señora... Le escribiré.

Jua. ¡Vaya, gracias a Dios! Y entretanto voy a llegarme al Gobierno civil a ver al secretario. Va mañana con nosotros a buscar a la mujer y quiere que nos pongamos de acuerdo.

Simón La acompaño.

Jua. Hasta luego.

Simón Adiós.

ESCENA IV

ADOLFO

Adolfo les acompaña hasta la puerta del foro, va luego a la izquierda y da un paseo por la escena indeciso

En fin, vamos allá... ¡No hay remedio! (Siéntase ante la mesa y se dispone a escribir.) Ni sé cómo empezar, ni qué decirle... Enrique es buen muchacho, pero tiene que sentarle muy mal... Se va a poner furioso... ¿Mas quién desobedece a mi suegra? (Escribe.) «Queridísimo sobrino... hijo mío, querido...»

ESCENA V

ADOLFO, JUAN y después ENRIQUE, por el foro derecha

Juan (En el foro.) Señor...

Adolfo ¡Ah! ¿vienes a interrumpirme? Me alegro. ¿Qué hay?

Juan Señor, un señorito joven que pregunta por usted.

Adolfo (Levantándose.) ¿Un señorito joven? ¿Quién es? ¿Le conoces?

Juan No señor; no le recuerdo.

Adolfo ¡Ay, Dios mío! ¡Qué sudor frio siento!

Juan ¿Le mando entrar?...

Adolfo No, espera.. dile... sí... mándalo, sí... claro... que pase aquí. (Sale Juan.) ¡Qué tontería asustarme! ¡No puede ser él! (Va a la puerta del foro.) ¡Jesús! ¡El mismo, es él, Enrique! Me tiemblan las piernas. (Se apoya en la mesa.)

Enr. (En el foro mirando fijamente al tío sin reconocerle.) Muy buenas. Oh, señor; perdone... Es a don Adolfo...

Adolfo Pues yo...

Enr. ¿Usted?

Adolfo (Abriendo los brazos.) ¡Enrique, hijo mío!

Enr. ¡Tío! (Abrázanse)

Adolfo No puedo creer que no me conocieses.

Enr. Palabra de honor. Y si usted no se hubiese visto a sí mismo desde que yo no le veo, apuesto que no se reconocería tampoco.

Adolfo ¿Pero he cambiado tanto?

Enr. ¿No le digo que no le conocí?

Adolfo (Asustado.) ¿De veras?

Enr. Pero le felicito, tío; no se asombre. Es usted otro sin comparación posible con aquel. Anda erguido, está fresco, joven, guapo, ¡elegante! Es una transformación completa. Aquí ha habido Medusa por fuerza.

Adolfo ¡Ah! ¡eso es otra cosa! Creí...

Enr. Tanto es así, que si sigue usted por el camino que va, en poco tiempo llegará a estar más joven que yo.

Adolfo No te burles de tu tío. Y tú, Enriquín... (Acariciándole.) ¿cómo vas de salud? ¿Te diviertes? ¿Lo pasas bien?

Enr. Así, así, tío. Me divertí mucho; lo pasé muy bien; pero también es malo acostumbrarse a eso... A lo mejor en un instante llega lo que no se pensaba, y todo se acaba de repente, en un día, en una hora, como se acaba un patrimonio inmenso, cuando se gasta la última peseta.

Adolfo ¡Ay, Enrique, Enrique... cómo vienes!

Enr. Aquí está la ventaja de ser soltero. ¡Qué talento tuvo usted!

Adolfo (Aparte.) (Menos mal; no desconfía de nada.) (Alto.) Tú estarás cansado del viaje.

Enr. No, tío, nada; lo que me impresionó más, así, a primera vista, fué su indumentaria. Yo que le recordaba vestido a la buena de Dios, encontrármele de pronto, tan peinadito, tan afeitado. Hasta la quinta y la casa, todo está que nadie lo conoce. ¡Era tan triste! ¡Y ahora tiene un aire de opulencia!... No parece sino que anduvo por aquí alguna hada buena.

Adolfo (¡Está insoportable, con sus reflexiones!) Pues ¿qué querías? Hay por aquí familias... Ya ves...

Enr. No; si hizo muy bien, tío. ¡Cuántas veces no lo habré dicho! Que no sabe disfrutar su fortuna... Gaste, no se oprima por mí.

Adolfo (¡Pobre!) Yo lo que no quiero es que te falte nada.

Enr. Gracias a usted, no me falta.

Adolfo Bueno; ¿y tú querrás tomar alguna cosa? Déjame llamar a Juan.
(Toca el timbre.)

Enr. Juan. ¿Criado nuevo? A la entrada di con una porción de caras desconocidas: el portero, el cochero... Apropósito; ¿dónde fué a parar la señora Cándida, aquella viejecita que me quería tanto?

Adolfo ¡Este Juan que no viene! (Toca el timbre y lo vuelve a tocar.)

Enr. Cálmese, tío; no se impaciente.

Juan (En el foro derecha.) ¿Llamaba el señor?

Adolfo Vé y dí que preparen un almuerzo lo más aprisa posible.

Juan En seguida, señor.

Enr. (Aparte.) (¡Qué le pasa a este hombre!)

Adolfo Mientras te preparan el almuerzo, hablaremos un poco de ti, de tus proyectos... Justamente, ahora cuando llegaste, comenzaba a escribirte.

Enr. ¿Es posible?

Adolfo Para saber de ti. Me escribiste hace un mes, diciéndome que salías de Madrid.

Enr. Y así fué en efecto; pero di una vueltecita hasta llegar aquí... ¡Y ojalá nunca lo hubiera hecho!

Adolfo ¡Ah. pícaro! ¿Aventurilla en el tren?

Enr. No; algo más serio: una pasión; ¡esto es amor!

Adolfo Basta. Con una palabra no se puede decir más.

Enr. Ni hay otra que diga tanto.

Adolfo Ese largo silencio, algo había de traer consigo. Pero, está bien; tú no tienes nada que te impida...

Enr. ¿Casarme? Cierto. Pero, es que... yo no sé siquiera quién es la mujer que amo.

Adolfo Es raro eso.

Enr. ¡Oh, sí sé quién es! ¡Si usted la viera!...

Adolfo ¿Pues dónde está?

Enr. Desapareció de improviso. Me dijo solamente que se iba para Madrid. Yo no quise pasar tan cerca de usted sin venir a darle un abrazo; mas a decir verdad... si no fuese...

Adolfo Si no fuese qué, dí...

Enr. El temor de disgustarle.

Adolfo No lo tengas, dí...

Enr. Francamente... que yo no podré vivir si no vuelvo a ver a esa mujer... y quisiera pedirle que me dejase continuar el viaje.

Adolfo Haz lo que quieras, hijo; ¡no faltaba más! Preferiría tenerte algún tiempo conmigo; pero no te contraríes... la causa... ¿Quieres marcharte hoy?

Enr. Mañana por la mañana, ¿qué le parece?

Adolfo ¡Magnífico! Se me había olvidado decírtelo; también yo salgo mañana.

Enr. ¿Hacia dónde? ¿A Madrid o para abajo?

Adolfo No; al contrario.

Enr. ¿Al contrario?

Juan (En el foro izquierda.) Señor; el almuerzo está en la mesa.

Adolfo Pues, anda, vete a almorzar, y perdóname que no te pueda hacer compañía.

Enr. Era lo que faltaba; que hiciese ahora ceremonias conmigo.

Adolfo ¿Juan?

Juan (Acercándose.) Señor...

Adolfo Oye. (Le habla en secreto.)

Juan Esté tranquilo, señor.

Adolfo Enrique, cuando quieras. Acompáñale, Juan.

Enr. Y hace falta, no crea; está todo tan cambiado... No sé si yo acertaría, yendo solo, con el comedor.

(Salen por el foro.)

ESCENA VI

ADOLFO

¡Ah, respiremos! Momentos hubo en que creí que lo echaba todo a perder. ¡Qué fortuna hallarse mi mujer fuera!... Y gracias también, a que como él se va mañana... A Juan le recomendé secreto, y que se lo encargase a los demás criados. Ahora hay que prevenir a doña Juanita. (Va al foro.) Me parece que la oigo. ¿Qué señoras son esas? ¡Santo Dios! ¡Mi mujer y la prima Luisa! ¡Todo está perdido! ¡Válgame Dios!

ESCENA VII

ADOLFO, DOÑA JUANITA, ISABEL y LUISA por el foro derecha

Adolfo ¡Hija mía! (Abrazándola.) Déjame que te vea bien. ¡Qué hermosa vienes! ¡Adiós preciosidad de prima!

Luisa ¡No nos esperaban!, ¿eh? No cabe en sí de gozo con la sorpresa.

Adolfo No lo sabes bien.

Luisa Ya se lo puedes agradecer a Isabel, que a todo trance se empeñó en adelantar el viaje... Andaba tan aburrida, con una melancolía...

Adolfo Y es verdad... Estás mustia.

Jua. Deseos del maridito, de su mamaíta... ¿Verdad, hija mía?

Isab. Sí, mamá, sí: no me hubiera sido posible pasar un día más sin verles. Y de otra parte, que tampoco estaba buena.

Adolfo ¿Cómo? ¿Enferma tú, Isabel?

Isab. No; enferma precisamente...

Adolfo ¡Oh, ya, llamar al doctor. (Va al timbre.)

Luisa No es necesario; estaba allí cuando llegamos; no tardará.

Isab. Si no tengo nada. Fué en estos dos últimos días.

Adolfo ¿De modo que no se divertirían?

Luisa Muchísimo. Todos los días bailes, funciones, paseos en burra, jiras a la cascada...

Adolfo Aguarda.... escuchen... ¿no oyeron pasos por ahí por este lado?

Jua. No.

Adolfo (Sosegado.) De modo que iban a bailes, tenían excursiones en burra...

Luisa No se puede hacer idea de lo bien que lo pasamos. Y una cosa graciosísima. A Isabel y a mí nos tomaron por muchachitas solteras.

Adolfo ¿Y a Isabel también?

Luisa También, claro. Fue una broma que nos hizo reir mucho. Teresa, la mujer del Secretario, hacía de mamá grave. Y era de ver a todos los bañistas haciéndonos la corte... A Isabel, más, es natural, porque andaba más compuesta. Hubo muchacho que hasta quiso casarse con ella.

Adolfo ¿Sí? Tiene gracia la broma. (Sobresaltado.) ¡Oigan! ¿no oyen? Me parece haber sentido abrir una puerta...

Jua. Y a mí me parece que usted está soñando.

Adolfo ¡No hable usted tan alto!

Jua. ¿Pues, qué pasa? ¿Hay algo extraordinario?

Adolfo Sí, señora.

Isab. ¿Qué es ello?

Adolfo Estoy en un lance... ¡en un aprieto!

Jua. ¿Por qué? Diga.

Adolfo ¿Quiere usted saberlo?

Jua. Sí, claro.

Adolfo Que está él ahí... ¡Llegó!
Jua. ¿Quién?
Luisa ¿Quién?
Adolfo ¿Quién se figura que puede ser?... ¡Mi sobrino!
Jua. ¿Qué su sobrino está aquí?
Luisa ¿Aquél que era su heredero... al que se le ocultó su boda?...
Adolfo (Haciéndoles señas de que hable bajo.) El mismo: está decidido a marcharse mañana; mas yo voy a hacer porque se marche hoy. Pero, mientras le meto en el tren, es preciso que no se le aparezcan ustedes. Váyanse para sus habitaciones, y déjenme solo hasta la tarde.
Jua. También yo soy de esa idea.
Luisa Pues yo no, caramba. Un muchacho joven en una casa tan abandonada.
Jua. ¡Luisa!...
Isab. No le hagan caso. Se hará lo que ustedes quieren. La más interesada en ello, soy yo; tu sobrino no tendrá el menor placer en verme: me considerará enemiga... Además, que basta que tú lo dispongas.
Adolfo ¡Eres un angelito del cielo! Pero, miren que esto... ¡esto es para clamar al cielo! Tenerte ya aquí y aparecérseme este demonio de Enrique...
Luisa } **Isab.** } ¡Enrique!
Adolfo Así se llama. ¿De modo que me prometen estar ocultas las tres?
Luisa (Que Dios me perdone; pero yo no lo prometo.)
Adolfo Y perdóname, Isabel, que me separe de ti... Oigan una cosa: ¿no sería mejor que se fueran a encerrar en el cenador del jardín? Está más solo...
Isab. Iremos donde tú quieras.
Adolfo Pero, vayan por dentro, que no las sienta él...

ESCENA VIII

ADOLFO. Luego, ENRIQUE

Adolfo (En la izquierda siguiendo con los ojos a su mujer.) ¡Qué pena! ¡Nunca la ví tan dulce conmigo! ¡Adiós! ¡Adiós! (Tirándole besos.)

Enr. (Por el foro izquierda.) ¡Salve, querido tío!

Adolfo (Cerrando la puerta de pronto.) ¡Eh! ¿qué es eso?

Enr. Dígole, tío, que venir a encontrar aquí una casa en plena florescencia de civilización y de vida, parece cosa de magia.

Adolfo ¿Pues, qué cosa nueva te asombra?

Enr. Su magnífica cocina que siguió la marcha de los tiempos.

Adolfo ¡Ah, sí! (¡Me dió un susto!)

Enr. Y ahora, querido tío Adolfo, estoy dispuesto para atravesar sus estados: venga a enseñarme las reformas, las mejoras...

Adolfo Pero, si te advierto... (¿Cómo haré para obligarle a que se marche?)

Enr. Primeramente iremos al jardín. Al entrar se me figuró ver allá lejos una construcción nueva. ¿Es un kiosko?

Adolfo Con mucho gusto iría; pero, es que estoy con un cuidado...

Enr. ¿Alguna noticia desagradable?

Adolfo Muy desagradable. (Bueno. Llegó el momento.) Un telegrama de Madrid que acabo de recibir, comunicándome que un Banco en el que yo tengo dinero, va a suspender los pagos.

Enr. ¡Demonio! Eso es grave, efectivamente. Y usted que...

Adolfo Pues yo creo que lo que hay que hacer es no perder un instante, y presentarme a cobrar; y había pensado que acaso tú... si no te diese...

Enr. ¿Marcharme hoy?... Estoy a sus órdenes.

Adolfo ¿De verdad quieres? No esperaba menos de ti. Voy en un momento a prepararte lo necesario y firmar un cheque. ¡Querido Enribue! (¡Estoy libre de él!) Espera aquí.

(Juan atraviesa por el foro hacia la izquierda con una caja de sombreros, un chal y una sombrilla de señora.)

Enr. ¡Tío, tío!

Adolfo ¿Eh?

Enr. ¿Qué es eso, tío? Su criado con un echarpe y una sombrilla de mujer.

Adolfo (¡La hizo buena ese animal! ¿A quién se le ocurre?)

Juan ¿Me llamaba el señor?

Adolfo No, no; vete.

Enr. ¿De modo que tiene usted señoras en casa y no me decía una palabra?...

Adolfo Señoras... ¡Ah, sí!... Es una señora de aquella finca de allá arriba... Va para la Coruña, y...

Enr. ¡Ah! Va para la Coruña...

Adolfo Le daba miedo de apearse del coche en aquellas alturas, y le ofrecí que viniese aquí a tomarlo.

Enr. ¿Y es joven la tal señora?

Adolfo ¡Estás buen granuja tú! Una edad respetable. Me parece que tú ya creías... ¡Oh, no tengas miedo! ¡No tardo ni diez minutos! (Vase.)

ESCENA IX

ENRIQUE

Aquí hay gato encerrado.... De pronto se quiere ver libre de mí... Un Banco que suspende pagos... Este caserón viejo renovado... este lujo, y... ¡aguarden! ¡Un mueble de costura! Mi tío, supongo que no se zurcirá los calcetines... Ya sé: echó a Cándida, y puso en su lugar alguna moza joven y bien parecida... ¡como si lo viera! ¡Oh!... ¡Es el castigo de los solterones viejos! Pero, ¿dónde la tendrá escondida? ¿Si tendrá celos de mí? ¡Oh, eso ahora es lo que más me divertiría!

ESCENA X

ENRIQUE y LUISA, entrando de puntillas por el foro izquierda

Luisa No puedo resistir más. Quiero ver a ese sobrino que se come a los tíos crudos. (Dando de pronto con él.) ¡Ay!

Enr. ¿Cómo? Pero, es posible... ¡Usted!

Luisa Pero es usted...

Enr. Usted, Luisa, aquí...

Luisa Yo, sí.

Enr. ¿Conoce usted a mi tío?

Luisa ¡Su tío! Entonces, usted es el sobrino.

Enr. Yo soy, sí. ¡Qué feliz acaso! Tengo tantas cosas que preguntarla...

Luisa ¡Ah, pues ahora no puede ser!... Si nos viesen juntos...

Enr. ¿Qué mal le vendría a usted?

Luisa No se lo figura: ¡horrible!

Enr. Ante todo, dígame usted, por Dios, aquella señorita que la acompañaba a usted en Caldas, su prima, me parece... ¿en dónde está? Aquí... estoy seguro... No se separaron... ¡Dígame por Dios!

Luisa Nos separamos; sí, señor; bien lo sabe usted.

Enr. ¿Yo? Si ella desapareció...

Luisa ¿Y no le dijo que se volvía á Madrid?

Enr. Cierto; y fué todo cuanto me dijo. Pero yo quiero verla, verla en seguida. Y usted, Luisa, usted no ha venido sola a esta quinta.

Luisa No, no, señor; fue una casualidad... de paso.

Enr. ¡Ah! ¿Va usted para la Coruña?

Luisa Sí; es decir, no... Con permiso de usted me retiro: si nos viesen aquí hablando...

Enr. ¿Qué quiere decir esto?... Tenemos otro misterio.

ESCENA XI

DICHOS y el DOCTOR SIMÓN, por el foro derecha

Simón (Por el foro.) ¡Ah, Luisita! Vengo corriendo... Don Adolfo me mandó otro recado, que quería que le viera a la mujer.

Enr. ¡Su mujer!

Simón Ciertamente.

Luisa (Voy a decírselo a la tía.) (Sale por el foro.)

Enr. ¿De modo que mi tío es casado?

Simón (¡Ay, que es el sobrino! ¡La hice buena!)

Enr. ¡Es horrible! ¡Es indigno! Casarse y ocultármelo. ¡Nunca le creí capaz de engañarme tan vilmente!

Simón (A ver si lo sosiego.) Venga acá, joven; la cosa no es tan indigna como lo parece.

Enr. Pero, dígame, ¿cómo se hizo esa boda? ¿Qué tiempo hace? Usted lo sabrá todo; creo que es amigo suyo.

Simón Permítame... Espere. Mire... aquí llega una señora que le podrá poner al corriente de todo eso, mucho mejor que yo.

(Aparece en el foro izquierda doña Juanita.)

Enr. ¡Una señora!

Simón (¡Que allá se las entiendan!) (Mutis.)

ESCENA XII

ENRIQUE y DOÑA JUANITA por el foro izquierda

Enr. (¿Quieren apostar que es esta? Tiene cara de ser.)

Jua. (¡Estará desesperado!... Yo le haré entrar en razón.)

Enr. Señora... acabo de saber...

Jua. Que su tío Adolfo se ha casado. Sí, señor; es cierto; e hizo muy mal en ocultárselo a usted.

Enr. Celebro mucho que...

Jua. Por mi consejo no fué; que si lo hubiere aceptado, ha mucho tiempo ya que usted lo sabría.

Enr. Me lo figuraba, es mi tía; vamos, el Doctor tenia razón... La cosa no es tan indigna.

Jua. Su tío le quiere mucho y yo espero que usted no ha de procurar con sus palabras ni con su procedimiento, destruir la felicidad de un hombre que le ha llenado de beneficios.

Enr. Así es, señora. Confiésole que en el primer momento no pude ser dueño de mí. Lo que menos podía yo figurarme era que este casamiento fuese tan acertado, tan razonable... en todos sus sentidos.

Jua. (¿Qué querrá decir con esto?)

Enr. Pero siendo así, es de estricta justicia alabar en mi tío el haber escogido para compañera de su vida a una mujer cuyas cualidades sazonadas por la edad y por la experiencia...

Jua. (¿Esto es mofa o qué?...)

Enr. Y por mi parte yo espero también que ella no me arrebatará su cariño, y que en vez de perderlo, he de llegar a merecer el de mi respetable y ya respetada tía... (Hace una profunda inclinación.)

Jua. (¡Pero!... No me atrevo a desengañarle.)

Enr. (¡Desgraciado tío! ¡Está dejado de la mano de Dios!)

ESCENA XIII

DICHOS y DON ADOLFO por el foro primera derecha

Adolfo ¡Enrique! (Parando.) ¡Mi suegra! ¡Justos cielos!

Enr. (Yendo a él para abrazarle.) ¡Venga un abrazo, tío!... ¡Venga otro abrazo! (Aparte.) ¡Pobre!

Adolfo (Admirado.) Con mucho gusto; pero me abrazas de un modo...

Enr. (Llevándole a un lado.) Ya sé la desgracia que le ocurrió.

Adolfo (En voz baja.) ¿La desgracia?

Enr. ¡Floja!

Jua. (¡Quiera Dios que no vaya ahora a desmentirme!)

Enr. (Compungido.) ¡Dígame si es feliz, tío; por Dios se lo pido.

Adolfo ¡Qué pregunta! Feliz... Tú ya me conoces...

Tengo un carácter tranquilo, buena posición... Y cuando uno es...

Enr. ¡Casado!

Adolfo (Asustado.) ¿Eh?

Enr. Lo sé todo, tío.

Adolfo (¡Horrible suegra! ¡Lo echó todo a perder!)

Enr. No tema mis quejas. Realmente es unión muy razonable y no hay motivo para...

Adolfo (Más asustado.) ¿Verdad que es muy razonable?

Jua. (¿Qué estarán diciendo?)

Enr. ¿Algún amor de la juventud?

Adolfo (Que me entierren si entiendo una jota.)

Enr. En su tiempo habrá sido una buena mujer, y aun ahora...

Adolfo ¿Eh? Ahora, qué... (Mirando para todos lados.) ¡Ah!...

Enr. Así que ya me lo explico. Pero hablemos con ella, es poco discreto estar los dos aquí secreteando.

Adolfo Tienes razón. (A doña Juanita.) Mi... mi querida... por lo visto ya informó... tú ya le contaste a mi sobrino... (¡Qué excelente invención!) Mira, no te puedes figurar qué feliz soy, y si conocieses a tu tía... es un angelito del cielo, un serafín! (La abraza.) Y en cuanto a ti, este casamiento poco te puede importar. La edad de mi mujer...

Jua. ¡Adolfo!

Adolfo Puedes vivir enteramente tranquilo, no hay que temer por otros herederos.

Jua. ¡Basta, Adolfo, basta!

ESCENA XIV

DICHOS y el DOCTOR SIMÓN por el foro izquierda

Simón Están juntos y ya tuvieron tiempo de explicarse.

Adolfo (¡El Doctor! ¡Siempre viene a punto!)

Simón Buscándole venía, don Adolfo, porque he visto a su mujer, y si no me equivoco...

Adolfo (¡Oh, Dios mío!)

Simón Si no me equivoco, de esta vez no hay duda.

Jua. Está usted loco, Doctor, por fuerza... No es

posible; yo, por lo menos.. nunca me sentí también.

Simon — ¿Usted?

Adolfo — Basta mirarle a la cara; ese color..

Jua. — (¡Cállese, hombre!)

Simón — (¡Ah, eso es otra cosa! Cometí otra imprudencia.)

Adolfo — El Doctor quería asustarnos.

Simón — De todas maneras volveré luego.

Adolfo — Pues venga a comer con nosotros. Y tú, querido Enrique, puedes salir para Madrid sin el menor cuidado. (Vanse el Doctor y doña Juanita.)

ESCENA XIV

DON ADOLFO y ENRIQUE

Enr. — ¿Salir para Madrid? ¿Entonces es que insiste usted en que me vaya?

Adolfo — ¡Qué remedio, hijito! Esa suspensión de pagos me asusta.

Enr. — Bien; está bien. (¡Creerás que me engañas!)

Adolfo — El tren sale a las siete. Si te parece, podemos emplear este tiempo que falta en dar una vuelta por la ciudad.

Enr. — Yo preferiría lavarme un poco. ¿Dónde están mis maletas?

Adolfo — En el cuarto donde tú acostumbras a estar.

Enr. — Pues voy allá. (Vase.)

ESCENA XV

ADOLFO

Adolfo — ¡Ah! De esta vez me libro. ¡Diablo, qué miedo! Pero la pobre Isabel que me estará esperando... Si yo fuese a verla en una escapadita mientras mi sobrino se lava. (Cuando se dirige a la pnerta del foro, aparece Isabel por la izquierda.)

ESCENA XVI

ADOLFO é ISABEL por el foro izquierda

Isab. ¿Estás sólo?

Adolfo ¡Ah! ¿Eres tú, querida mía? ¿Veníasa verme, verdad, cielín? Eso mismo iba a hacer yo.

Isab. Sí... porque tengo que decirte... Tenemos que hablar.

Adolfo ¿Qué es? ¿Qué quieres tú? Dí... dí...

Isab. ¿Estás seguro de que nadie nos oye?

Adolfo Nadie; mi sobrino está en su cuarto lavándose.

Isab. Pues me parece que es inútil que nos ocultemos de él.

Adolfo ¿Cómo inútil? ¿Por qué?

Isab. Tu sobrino lo sabe todo; me lo dijo Luisa. Descubrió no sé cómo que estás casado, y dice que quiere ver a tu mujer antes de marcharse.

Adolfo Pero tú no sabes, inocente criatura...

Isab. ¿Qué?

Adolfo No te figuras qué engaño tan gracioso. ¿No se cree el muy bobalicón que tu madre es mi mujer?

Isab. (Irónica.) ¡Ah! ¿Sí? Se figura que mi madre es tu...

Adolfo Y convencidísimo que está. Y de otro lado, créemelo, no lo puedo remediar, tengo como una especie de remordimiento si lo dejo ir así, engañado. Solo que todo tiene en el mundo la debida compensación. Cuando se case...

Isab. ¡Ah!... ¡Sí! Es que ya piensa... ¿Te ha dicho algo él?

Adolfo Me habló de una mujer.

Isab. (Vivamente.) ¿De qué mujer?

Adolfo Por ahora, al parecer, no hay nada positivo.

Isab. ¿Pero, que más, qué más te dijo de ella?

Adolfo Nada más. Pero, ¿qué tienes tú?

Isab. ¿Yo?

Adolfo ¡Te has puesto pálida de pronto! ¿qué sientes?...

Isab. Ya sabes que no estoy buena. El Doctor te diría...

Adolfo El Doctor no sabe lo que dice.
Isab. Sin embargo...
Adolfo Pues yo te hallo muchísimo mejor que antes de irte a Caldas... hasta en el cuerpo.. (Quiere abrazarla.)
Isab. ¡Por Dios, estate quieto! (Mirando alrededor.) ¡Mira que si vienen!
Adolfo No viene nadie. (La ciñe por la cintura.)
Isab. ¡Jesús, si tu sobrino!...
Adolfo No viene.
Isab. Te confieso que mientras no se vaya, no podré estar tranquila.
Adolfo No temas, Isabel.

ESCENA XVII

DICHOS y LUISA por el foro izquierda

Luisa ¡Chist! Prima... Oiga, don Adolfo.
Adolfo (¡Vaya; ahora la primita!) ¿Qué se te perdió por aquí? ¿No te encargué que no salieses?
Luisa Es que su sobrino..
Adolfo ¿Qué? ¿En dónde está?
Luisa Andaba yo paseándome por el jardín y le ví bajar muy apresurado las escaleras del patio.
Adolfo ¡Imprudente! ¿Quién te mandó salir del cenador?
Luisa ¡Sí, me iba a pasar allí toda la tarde!
Adolfo Voy allá corriendo, no sea que se nos aparezca.
Luisa Con tal de que no me siguiese...
Adolfo Estábamos perdidos entonces. ¡Y todo por tu culpa! Por si acaso, entren ahí en ese gabinete y no se muevan ni chisten hasta que yo venga a buscarlas.
Luisa A ver si nos deja encerradas hasta mañana ¡sin comer ni beber!
Adolfo Anden, entren, que yo vendré en seguida que él se vaya. (Saliendo por el foro.) ¡Maldito sobrino! ¡No lo vuelvo a soltar hasta que lo metá en el tren!

ESCENA XVIII

ISABEL y LUISA

Isab. (Yendo hacia la derecha.) Luisa, salgamos de aquí.

Luisa ¿Para qué? Que lo ate con una cuerda y que no le deje venir si tanto empeño tiene en que no nos vea.

Isab. Toda la culpa la tienes tú. Hiciste muy mal en aparecértele.

Luisa ¡Sí! que me iba a estar todo el día presa. Aparte de que yo no sé a qué viene ese celoso cuidado de que no nos vea, y de hacer marchar escapado a ese pobre muchacho.

Isab. Lo quiere así mi marido, ya lo has oido.

Luisa ¿Tú no le dijiste que lo habíamos conocido en Caldas?

Isab. ¡Luisa, por Dios! Y hazme el favor de no decírselo a nadie. Me lo juraste.

Luisa Te lo juré, sí, es verdad; te lo juré cuando lo que yo menos podía sospechar era de quién se trataba. De haberlo sabido entonces, no sé lo que hubiera hecho.

Isab. ¿Y qué más te da a ti que se trate de quien es?...

Luisa No, no me da lo mismo.

Isab. ¿Por qué?

Luisa Pues sencillamente, porque si dijéramos que le conocíamos, tal vez eso bastase para que se quedara aquí.

Isab. ¡Que se quedara aquí!

Luisa ¡Y que no se fuese más!

Isab. ¡Y que no se fuese más!

Luisa Sí, claro; conociéndonos, ya qué interés podían tener en alejarle. Ninguno.

Isab. ¡Ah! vamos, ya te entiendo. Entonces es que tú piensas... crees posible que él... ¡Ah!

Luisa Cosas más extraordinarias se han visto.

Isab. Creo que te engañas, Luisa... lo es que no te quieres desengañar?

Luisa Sí, ya sé lo que quieres decir: que también a ti te ama, que te galanteaba también.

Isab. ¡No por Dios, qué disparate! No me hables de cosas de las que ni siquiera me acuerdo.

Si yo le amase... Pero que él diga que me ama... ¿cómo puedo yo evitarlo?

Luisa Es verdad. ¿Cómo puedes? ¡Imposible!

Isab. ¿Qué dices, Luisa?

Luisa Que no me chupo el dedo. Lo sé todo.

Isab. ¿Tú?

Luisa Yo, sí.

Isab. ¿Qué sabes tú?

Luisa Lo que a ti no te importa.

Isab. ¡Muy bonita respuesta! Pues si tanto sabes, si lo sabes todo, si eres tan sabia, no me explico una cosa.

Luisa ¿Qué cosa?

Isab. Cómo has podido llegar a interesarte hasta tal punto por un hombre sin corazón, un hombre que ama dos mujeres al mismo tiempo. ¡Horror! ¡Horror! ¡Quita allá!

Luisa Horror será cuando tú lo dices. Pero hombre sin corazón no lo es. No tener corazón es engañar y mentir, y traicionar, y él no hizo nada de eso conmigo. Más mujer sin corazón eres tú.

Isab. ¡Luisa!

Luisa Y últimamente, con mucho corazón o sin ninguno, que se quede, que no se quede, para ti va a ser igual.

Isab. Y para ti tambien.

Luisa Ya se verá.

Isab. Está visto.

Luisa ¿Pues qué piensas hacer?

Isab. Yo, nada... El es el que lo va a hacer todo. De aquí a una hora estará muy lejos de nosotras, y es probable que nunca más le veas.

Luisa (Viendo a Enrique por el foro izquierda.) ¿Nunca, verdad? Mira, ahí le tienes.

ESCENA XIX

DICHOS y ENRIQUE por el foro izquierda

Enr. ¿Cómo? Ustedes aquí... Me engañaron las dos...

Isab. ¡Dios mío!

Luisa Y el tío Adolfo que le andaba buscando a usted.

Enr. No tenga cuidado; le deje encerrado en la bodega.

Luisa (Riendo.) ¡Ah! ¡Ah! También le llegó su hora.

Isab. Sí, ríete, que la cosa es para tomarla a broma. Vámonos de aquí, vámonos de aquí por Dios.

Enr. (Interponiéndose.) No, no, no se me escapan la segunda vez; de aquí no salen sin que hablemos antes. Pensaba ir a encontrarla en Madrid y la hallo en casa de mi tío. ¿Qué enigma es este? Es preciso que me lo explique, Isabel.

Luisa ¿Qué le importa a usted?

Enr. ¿No me ha de importar?

Isab. Bueno, pues ya se lo explicaremos a usted luego; ahora, déjenos marchar. Vámonos, Luisa.

Enr. No, no; ya he dicho que no se van ustedes.

Isab. Entonces tenga la bondad de ir a soltar a don Adolfo inmediatamente. Yo no puedo consentir... Y sin eso...

Enr. Es que yo... verdaderamente... no me atrevo; puede arremeter conmigo.

Isab. Iré yo.

Enr. No; usted tampoco. Vaya usted, Luisa; hágame usted ese favor. Se lo ruego humildemente.

Luisa Ahora voy. (Lo que quiere es quedarse solo con ella. Mejor, así se desengañará de una vez.) (Vase.)

ESCENA XX

ISABEL y ENRIQUE

Enr. ¡Gracias a Dios! Y ante todo, quiero que usted me diga si le debo pedir perdón.

Isab. Perdón, ¿de qué?

Enr. De alguna imprudencia o una falta inconsciente... ¡Como usted se marchó tan inesperadamente de Caldas!

Isab. Tranquilícese; la causa de mi rápido viaje no fué usted. Al contrario... no... fué... es... ¡Tengo un miedo... sería una cosa horrible si le viesen o nos escucharan!

Enr. Estamos solos. Por lo que usted más quiera, óigame, Isabel.

Isab. Pues por lo que usted más quiera también, Enrique, no insista más. Por mi tranquilidad, le ruego que no me obligue a hablar... que no pregunte nada a nadie y que no procure volver a verme.

Enr. ¿No volver a verla? Pero, ¿por qué, Isabel? ¿Duda de mí... de mi cariño? ¿O usted ya no me quiere, ya no soy nada para usted? ¡Oh, no; yo no puedo dudar de lo que usted me dijo en aquella noche feliz; no se miente así; usted no mentía entonces... ¡Es imposible!

Isab. No, es verdad. Y de no mentir entonces es de lo que me arrepiento.

Enr. ¡No comprendo, Isabel! ¿Qué mal puedo causarle?

Isab. No; usted, ninguno.

Enr. ¿Y entonces? Yo no sé qué se opone a su deseo; cualquiera cosa que sea la venceremos. Pero es necesario querer; eso es todo, Isabel.

Isab. ¿Y cuando no se puede querer como se quisiera?

Enr. Siempre se puede querer así.

Isab. No; siempre, no.

Enr. Pero, en este caso, ¿por qué no? ¿Quién puede impedirlo? Su familia conocerá seguramente a mi tío, y cuando se enteren...

Isab. (Vivamente.) ¡Ah! ¿qué dice? ¡Por Por Dios, Enrique, quiere usted perderme!

Enr. ¿Perderla?

Isab. ¡Por Dios se lo pido! ¡No diga nada a nadie, y menos a su tío!

Enr. ¿Ni a mi tío tampoco? ¿Por qué causa?

Isab. No me pregunte, Enrique. (Va a ver y vuelve.) Y ahora le pido por última vez que se marche y que obedezca a su tío, saliendo esta misma tarde para Madrid.

Enr. Pero, Isabel, por Dios... yo haré los mayores sacrificios...

Isab. Es inútil todo, Enrique.

Enr. Pues permítame usted siquiera utilizar el último recurso.

Isab. ¿Cuál?

Enr. Hablar a mi tío.

Isab. ¡Por Dios! No diga usted ni una palabra a su tío. ¡Júremelo! Deme ahora mismo su palabra de honor. Se la exijo, Enrique.

Enr. Pero, entonces, ¿qué es esto? Mi tío, ¿qué es mi tío de usted? Diga, hable.

Isab. No me lo pregunte, Enrique. En nombre del cielo, si me quiere y respeta algo aún, váyase ya; no debemos volver a vernos. Sea esta la última vez.

Enr. ¡La última vez!...

Isab. Es preciso así. ¡Adiós! ¡Adiós, Enrique! (Vase por la izquierda.)

Enr. ¡Huyó! ¿Qué será esto? Me exigió que no dijese nada a mi tío. Mi tío es... ¡Oh, santo Dios! ¿Mas ella es hija o qué es? ¡Vaya una parentela enrevesada la de mi tío! No hay duda, es su hija; no puede ser otra cosa.

ESCENA XXI

ENRIQUE. El DOCTOR SIMÓN, por el foro derecho

Simón (El sobrino aquí... ¡Arrea!) Con su permiso... voy a ver...

Enr. Espere, señor Doctor, que ha sido la Providencia quien le trajo.

Simón No; fué una invitación para comer.

Enr. Pues, entre tanto, va usted a tener la bondad de escucharme.

Simón Con mucho gusto: ¿está usted enfermo?

Enr. No, Doctor; no estoy enfermo aún. Necesito de usted cosa de otro orden.

Simón Usted dirá.

Enr. Sé la razón por la que mi tío se casó con esa mujer. Cualquiera, a su edad, hubiese hecho lo mismo.

Simón A su edad, antes que nada miramos...

Enr. Bien, bien, Doctor; veo que es usted discreto. Mas con todo eso, la culpa de mi tío no disminuye en nada.

Simón ¿La culpa de su tío?

Enr. Y no hallo sino un medio para borrarla.

Simón Veamos ese medio.

Enr. Muy sencillo: que me case con su hija.
Simón ¿Qué dice usted, hombre?
Enr. Ese es el favor que usted tiene que hacerme: pedirle su mano.
Simón ¿La mano de su hija?
Enr. Eso es.
Simón ¿De cuál?
Enr. ¿Cómo cuál? ¿Pues cuántas tiene?
Simón ¿Cuántas?... Verdaderamente, yo no sé en dónde estoy.
Enr. No voy yo mismo a hacerlo, porque me falta valor para lanzar en el rostro de un anciano la acusación tremenda de una falta. Usted, ya es otra cosa.
Simón ¡Cómo! ¿De modo que usted está seguro de que Adolfo tiene una hija? (No es inverosímil.)
Enr. Yo mismo la he visto y he hablado con ella.
Simón ¿Y desea usted?...
Enr. Que se la pida usted para mí, haciéndole entender que ese es el único medio de poder establecer la paz entre nosotros.
Simón (¿Y qué dirá a todo esto Isabel?)
(Se oye a don Adolfo dentro.)
Adolfo ¡Maldito sobrino! ¿Dónde está?
Enr. ¿Oye? Quiere matarme; Doctor, ahí está.
Simón Espere, escuche...
Enr. Nada, nada; me voy. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XXII

DOCTOR SIMÓN, DON ADOLFO y DOÑA JUANITA, que entran por el foro izquierda

Adolfo ¿Dónde está? ¿Dónde está?
Jua. Mire usted que encerrar con llave a su tío...
Adolfo Se habrá marchado sin esperar el castigo. Hizo bien.
Simón No, no marchó; ahora mismo estaba aquí.
Adolfo ¿Y habló con usted?
Simón Y me encargó de una comisión, por cierto muy delicada.
Jua. ¡Ah, sí! ¿Y qué es ello?

Simón — Ahora, que yo no sé si debo...
Adolfo — ¿Es reservado?
Simón — Hasta cierto punto. Porque yo no sé si doña Juanita...
Jua. — ¡Cómo! ¿Es que ese caballerito tiene secretos con su tío? ¡Es lo que nos faltaba!
Adolfo — Tranquilícese, señora. Y usted, Doctor, no se haga esperar.
Simón — ¿Me ordena usted que hable?
Adolfo — Si es necesario...
Simón — Yo le tengo a usted por un perfecto caballero.
Jua. — Explíquese, Doctor.
Simón — Es que es muy difícil explicar... El hecho es que su sobrino me encargó que le pidiese a usted...
Jua. — ¡Ah, vamos!... ¿Dinero para algún compromiso?
Simón — No, señora. ¡La mano de su hija!
Jua. — ¡Su hija! ¡Ah! ¡Ahí está, ahí está lo que yo me temía! ¡Una hija... o un hijo! ¿Se acuerda usted, Doctor, que era mi pesadilla?... ¡Este hombre debe de tener una hija!
Adolfo — ¿Mi hija? ¿Cuál? ¿Quién es mi hija?
Jua. — ¿Y aún tiene el descaro de preguntar quién es su hija?
Adolfo — ¿Sabe, Doctor, que la broma no me agrada?
Jua. — ¡Qué broma! ¡Para bromas estamos ahora!
Simón — Puede usted creerlo, señora, que yo ignoraba... Se lo juro a usted.
Jua. — Ya lo sé. ¡Pobre Isabel!... ¡Pobre hija mía!... ¡Víctima desgraciada!
Adolfo — ¡Señora, no diga usted tonterías!
Jua. — Hace ya mucho tiempo que yo desconfiaba; pero crea que la cosa no queda así. Aún hay leyes en España, hay jueces...
Adolfo — ¿Sabe, señora suegra, que se me está acabando la paciencia por instantes?
Jua. — ¡La vergüenza es lo que se le acabó a usted!
Adolfo — ¡Señora, que ni por ser señora!...
Simón — (Interponiéndose.) ¡Vaya, vaya! Pero reconozca, don Adolfo, que tampoco su conducta...

ESCENA XXIII

DICHOS y ENRIQUE, por la segunda izquierda

Enr. ¿Y entonces, Doctor?

Simón Hable por sí, joven, que yo ya he oido lo que no debía de oir. (Vase por el foro izquierda.)

Adolfo ¡Sobrino o demonio!

Enr. El Doctor creo que les habrá enterado de mi pretensión.

Adolfo Nos ha enterado, sí, señor; y con lo disparatado de tu pretensión, lo que has conseguido es proporcionarnos un gran disgusto.

Enr. Lo siento; pero no me podía figurar...

Adolfo No te podías figurar ¿qué? majadero. ¿De modo que vas a contarle a ese sacamuelas que yo tenía una hija y que me la pidiese delante de esta pobre mujer... que por poco se cae aquí redonda de la impresión? ¿Qué te parece?

Enr. Sí; comprendo que la cosa... tal vez debiera de haberme dirigido primero a esta señora, es cierto.

Jua. ¿A mí?

Enr. Sin duda; siendo su madre...

Jua. ¡Jesús, Dios mío! ¡Válgame Dios! ¡Qué vergüenza! Vea usted, caballero, a lo que se expone; a que se me juzgue capaz...

Adolfo ¡Me van a volver loco!

Enr. Ustedes juzgarán acaso que mi pasión es un capricho, y ¡claro!... No, tío; esa mujer de quien le hablaba antes, que le dije que había conocido y tratado en Caldas...

Jua. ¿En Caldas?

Enr. Sí, señora, en Caldas. No sé por qué me engañó diciéndome que iba a Madrid... Figúrese cuál no sería mi sorpresa al encontrármela aquí en su casa con su prima, que también conocí en Caldas, y que es muy linda también. Ignoraba que fuese su hija; ella misma me lo dió a entender, a pesar del miedo que no pudo disimular cuando me presenté como sobrino suyo.

Jua. (Aparte.) ¿Será mi sobrina?

Enr. En Caldas hice la corte a las dos; mas, a decir verdad, sólo una...

Adolfo ¡Ah!... ¿De modo que hiciste la corte a las dos... a Luisa?...

Enr. Pero ya digo que sólo una es la que amo de veras. Y creo que después de esta sincera confesión, ya nada se puede oponer...

Adolfo Sí, sí; ya hablaremos con calma.

Jua. Antes de nada, creo que deberíamos consultar...

Enr. ¿Con su hija?... Nada más justo; pero ustedes no se figuran el pavor que se apoderó de ella cuando le anuncié que se lo iba a decir al tío.

Jua. (¡Dios mío!.. ¡Si me habré engañado!... ¡Si será!...)

Enr. Quizá sea usted demasiado severo con ella. La prueba es que en Caldas huía de mí al principio, no quería oirme ni la menor tontería, evitaba el saludo a veces... llegó a ser descortés. Mas una noche... que iluminaron con farolillos de colores el jardín del balneario—se celebraba una verbena—ella y yo nos alejamos un poco de aquella confusión y fuimos a sentarnos en la avenida en un banco.

Jua. (¡Qué haría yo, Dios mío, para interrumpir esta maldita conversación!)

Adolfo Los dos... solos... claro...

Enr. Primero paseamos todos juntos con doña Teresa.

Adolfo Y te separaste tú, quedándote...

Enr. Solo con ella. ¡Ocasión magnífica! La soledad es a veces...

Adolfo Pero con tanto hablar, aún no me has dicho lo más interesante de tu aventura.

Jua. ¡Basta, Adolfo! Esta conversación... ¿Qué tiene usted? ¿Se siente usted mal?

Adolfo No es nada; déjame.

Enr. Es verdad... Está usted alterado... ¿Qué le pasa?

Adolfo Nada. Pero, vamos, no nos dijiste aún... con cuál de las dos primas...

Enr. Pero, ¿qué es eso, tío? ¿Qué tiene?

Adolfo ¡Su nombre, Enrique! Dime el nombre de la que...

Enr. De la que...

(Aparecen por el foro Isabel y Luisa.)

ESCENA XXIV

DICHOS. ISABEL y LUISA por el foro izquierda

Jua. Venga acá, señorita.

Luisa Aquí estoy.

Isab. (¡Aún está aquí! ¡Dios mío, qué habrá pasado!)

Luisa ¡Qué cara tan enfurruñada tiene usted!

Jua. ¡Y razón de sobra que tengo para ponérsela! Las mujeres tienen que ser formales; porque cuando son ligeras, consienten atrevimientos que las hacen perder el respeto.

Luisa (Asustada.) ¿Qué dice, tía Juanita?

Jua. Es inútil recordarla cosas que...

Adolfo No es inútil. Yo quiero esclarecer perfectamente este asunto.

Jua. Pero, Adolfo...

Adolfo Luisa, respóndeme. ¿Qué hiciste en Caldas?

Luisa Pues hice... ¡Yo qué sé; tantas cosas!... Leí, paseé, bailé, tomé las aguas, jugué... ¿no es así, Isabel?

Luisa (¡Me muero de vergüenza!)

Adolfo ¿No recuerda de cierta verbena en el jardín del balneario... de un paseo... de un banco opartado?...

Luisa (¡Dios mío! Virgen Santísima!)

Enr. (Aparte, mirando a Isabel.) (¡Qué sospecha!)

Luisa Un paseo... un banco apartado... ¿Te acuerdas tú de eso, Isabel?

Adolfo Nada de rodeos y vacilaciones, Luisa. Mi sobrino Enrique me lo contó todo.

Isab. (¡El! Jesús!)

Luisa ¡Ah! ¿De modo que fué él, su sobrino Enrique, el que se lo dijo?

Adolfo El, sí.

Luisa Entonces... no me atrevo a desmentirle. Ya que él se lo contó... Sólo que, como yo tengo tan mala memoria, me olvidé de *todo*... Tal vez Isabel...

Adolfo Ya lo oyes, Isabel. Pues que tu prima se empeña en no decir nada, habla tú; contesta.

Isab. Adolfo...
Luisa Isabel, vamos; responde a tu marido.
Enr. (¡Su marido! ¡Dios mío! ¡Qué hice yo! (Tomando resolución.) ¡Es preciso salir de esta situación!) Pero, ¿para qué está con esos crueles interrogatorios, tío, que parece un fiscal? La señora doña Isabel ignoraba en absoluto esta aventura, y aunque la conociera, quiere tanto a su prima, que estoy cierto de que sería incapaz de delatarla.
Jua. Tiene razón su sobrino; dice muy bien.
Adolfo Pero y Luisa entonces, ¿por qué?...
Enr. En cuanto a Luisa... (Dirigiéndose a ella.) la ruego que no disimule por más tiempo la indiscreción que cometí hablando a mi tío de nuestro amor.
Luisa Es que yo...
Enr. Sí, adorable Luisa; es preciso confesarlo todo, y aún podremos esperar que...
Luisa (¡Esto es un sueño!)
Adolfo (Recobrándose alegre.) Es decir, ¿que es verdad lo que se cuenta, que mi sobrino te hizo el amor en Caldas, que tú le correspondiste?...
Luisa Yo...
Isab. (¡Confiesa, por Dios!)
Adolfo ¿Y que fuiste tú, por consiguiente, la que en aquella noche... en un banco apartado?...
Enr. (Bajo.) (¡Animo, Luisa! ¡Nos casamos!)
Luisa Espere... me parece que sí... Sí; ahora voy haciendo memoria... Fuí yo, sí.
Adolfo ¡Miren la santita! ¡Y con qué serenidad lo negaba!
Luisa En mi lugar, cualquiera hubiese hecho lo mismo.
Adolfo Sí; eso es verdad. Y tú, Isabel, querida mía, ¿me perdonas?
Isab. ¿El qué?
Adolfo Nada, nada...

ESCENA XXV

DICHOS y el DOCTOR SIMÓN, por el foro izquierda

Simón Señores míos; vengo a participarles que el almuerzo está en la mesa.

Adolfo Venga acá, Doctor, que hay boda en puerta. Mi sobrino se casa con Luisita.

Simón ¡Ah! ¡Tiene gracia! Apuesto que esa era la tal hija que él decía.

Adolfo ¡Pobre Enrique! ¿Estarás muy ofendido conmigo?

Enr. ¡Quién piensa en eso, ahora que voy a ser feliz!

Adolfo Lo serás; y para comenzar tu buena fortuna, te regalo diez mil duros.

Enr.
Luisa } ¡Tío!

Adolfo Y si queréis quedaros con nosotros, esta casa es grande, la quinta y los jardines también. Aquí podéis pasear solos sin que nadie os estorbe... y hasta tenéis bancos en sitios apartados...

Enr. No, tío; yo retorno a mi vida con mi mujercita. Siempre preferí las grandes ciudades. (Aparte.) ¡Era mi tía!

Simón Pues, como todos estamos contentos, vamos a comer.

Adolfo Da el brazo a tu tía, Enrique.

Enr. (Yendo a ofrecer el brazo a Isabel, párase y se dirige a Luisa.) No, tío; en este instante comenzaron mis obligaciones de marido.

Adolfo Perfectamente.

Luisa (Bajo por su lado a Enrique.) (¡Muy bien!)

Isab. (Idem, idem.) (¡Muy bien!)

Jua. ¡Vamos a comer!

Enr. ¡Era mi tía!

TELON

DEL MISMO AUTOR

La madre Tierra, paso de comedia, de costumbres gallegas, original y en prosa.

Aguas termales, paso de comedia, original y en prosa.



Precio [illegible] peseta